

XCVI

La conversación del joven boyero que en un principio escuchaba con distracción y frialdad, me hizo de pronto estremecer, ruborizar y palidecer, cuando habló de cárcel, de carcelero, de calabozos y de presos, porque me asaltó inmediatamente la idea de que la casa en que iba á festejarse aquella boda de aldea era tal vez la misma en que habrían arrojado sobre la paja al pobre Jerónimo, y que acaso la Providencia me suministraría, por medio de mi desmayo de dolor sobre el camino y de aquel casual encuentro, una ocasión de tener noticias suyas, y quién sabe si hasta de acercarme á él.

— ¡Dios mío! dije entre mí, ¿habrá realizado la Madona del puente del Cerchio mis deseos por tan poca cosa? Y estrechaba sin que lo advirtiesen la cornamusa contra mi corazón, porque ella era la que tan bien había sonado la tocata que hacia poco había enternecido á la Virgen.

XCVII

Nada dejé sospechar del interés que para mí tenía las últimas palabras del boyero y continué interrogándole sin afectación para sacar, si podía, algún indicio ó alguna esperanza de lo que se escapaba de sus labios.

Mientras, los bueyes seguían andando y á través del polvo del camino principiaban á divisarse en el fondo del horizonte las moles grises de las murallas de Luca, coronadas de una negra fila de grandes tilos.

— ¿De modo que tu hermano, el desposado, le dije al boyero, es labrador y ayudaba á su padre en los trabajos del campo?

— ¡Oh, no!, repuso el muchacho; éramos bastante gente en la casa para cuidar los animales y para servir de mozos de labranza á mi padre : mi hermano mayor había entrado desde hace dos años como llavero de la cárcel en la casa del *bargello* : nuestra abuela lo había querido así para que su ahijada, la hija del *bargello* y su nieto, mi hermano, tuviesen ocasión de verse todos los días y de amarse ; porque á ella se le había metido en la cabeza hacer ese casamiento,

y las abuelas, que no les queda que hacer en la casa, ven de lejos y mejor que los demás. El ojo de las casas es la vejez, á lo que dicen : los jóvenes no son sino los pies y las manos.

XCVIII

— ¿Pero ahora, después de la boda, continuarán tu hermano y tu cuñada en esa cárcel en casa de los padres de la *sposa*?

— ¡Oh no!, contestó el muchacho; ellos se vuelven á casa, y nuestro padre, que empieza ya á fatigarse del arado, entregará á mi hermano, ya casado, el ganado y la labor; sólo se reserva los gusanos de seda, porque estos animalillos dejan más utilidad con menos trabajo. Hilan por sí solos con tal que les lleven cuatro veces al día las hojas de morera y se les cambie con frecuencia el verde mantel sobre la mesa como á jóvenes obreros delicados que prefieren el aseo á los manjares.

— ¿Y quién reemplazará á tu hermano, el llavero, en casa del *bargello*?

— ¡Ah! eso sí que no sé, dijo. ¡Ojalá fuera yo, porque dicen que es un bonito empleo, en el cual se gana honradamente la vida, y se pueden

prestar muchos servicios á las mujeres, madres é hijas de los infelices presos.

XCIX

Un relámpago cruzó por mi mente, y mi corazón latió como un pájaro que aletea para levantar el vuelo. ¡Misericordia! dije entre mí; si el *bargello* y su mujer que están ahí detrás de mí en el carro, no hubiesen encontrado todavía mozo para reemplazar á su yerno, y llegaran á fijar sus ojos en mí y á aceptarme como llavero en el puesto de su yerno! Mejor querría ese destino que el del duque de Luca en su palacio de mármol y oro.

Pero ésta era una idea descabellada y la deseché como una tentación del demonio; sin embargo, á pesar mío, procuré agradar á la desposada, á su madre y á su padre, que habían sido caritativos conmigo, mostrándoles más respeto que á los demás y me propuse sacar de mi cornamusa, cuando me rogaran que tocara, las sonatas que más les agradaba oír.

C

Así sucedió bien pronto, señor : llegábamos ya á las puertas de la ciudad. Es costumbre en Luca, cuando la boda es de aldeanos ricos y la familia respetada, que un músico, bien toque la cornamusa ó el violín, el oboe ó la pandereta, vaya en pie en la delantera del carro, tocando alboradas, marchas ó tarantelas alegres, en honor de los casados y de los asistentes.

— Nuestro ángel bueno nos ha favorecido mucho esta mañana, dijo la buena mujer del *bargello*, haciéndonos encontrar en el puente un joven músico de los Abruzzos, tal que no podríamos haber hallado ni por cincuenta carlinos otro tan hábil y complaciente en toda la ciudad de Luca, excepto entre los músicos de S. E. el Duque.

— Vamos, muchacho, dijeron todos ratificando lo que decía la buena mujer con una señal afirmativa, haz los honores á la desposada y á su familia, hincha la cornamusa y que se acuerden en Luca de la entrada de la hija del *bargello* y de Placidio.

CI

Obedeci y henchí la cornamusa buscando bajo mis trémulos dedos, las marchas del regreso de las peregrinaciones en las Maremmas, las canciones de partida de los segadores que van á Córcega por las barcas de Liorna, los himnos para las procesiones y los *Te Deum* en San Stéphano, las barcarolas de Venecia ó las tarantelas de la isla de Ischia, que tantas veces había yo tocado bajo los castaños los domingos por la tarde con Jerónimo, y que me parecían los más propios para regocijar la boda y detener á los transeuntes, aunque para esto no hacía falta la música.

La familia del *bargello* era muy querida entre los tenderos y recoveros de Luca, porque el *bargello*, encargado de las cárceles, á pesar de lo penoso de sus deberes, era bondadoso y equitativo y tenía, por su mismo empleo mil ocasiones de hacer favores á unos y á otros. ¿Quién no ha tenido alguna vez en su vida algo que ver con la justicia ó la policia? Conviene tener amigos en todas partes, hasta en la cárcel : ¿no es cierto, señor? Bien lo vi más tarde por mí misma en las galeras de Liorna. El que tiene la punta de la

cadena puede hacerla á su capricho pesada ó ligera. El *bargello* y su mujer tenían infame oficio, pero eran excelentes personas.

CII

Numerosos amigos que salían de tiendas y casas se apiñaban á la puerta de la ciudad para festejarlos : las ventanas estaban llenas de mozas y mozos que arrojaban claveles encarnados al paso de los bueyes, sobre el ministril y sobre el carro : todos íbamos cubiertos de flores, y la gente aplaudía gritando : ¡ Bravo, *pifferaro!*

Á cada nueva tocata que salía de bajo mis dedos con improvisadas variaciones, me sentía excitada; creo que excepto lo que toqué al pie de la Madona nunca lo había hecho con tanta precisión y soltura. Y es que hay una musa para los músicos, señor; y esta musa es la muchedumbre. Cuando se halla contenta, los músicos se sienten inspirados. Así es que yo fui superior á mí misma, estaba entusiasmada, loca; todos me ofrecían algo, unos un frasco de vino, otros una copa de *rosoglio*, ataban otros aleties á mi cornamusa ó cintas á mi ropilla para mostrarme su alegría.

Cuando llegamos á la tétrica puerta claveteada de hierro de la vivienda del *bargello*, muy inmediata á la enorme puerta de la cárcel y se pararon los bueyes, parecía yo una Madona de Loreto : desaparecía bajo de las cintas, coronas y ramilletes.

CIII

Con toda clase de miramientos, como si hubiese sido de la familia é invitada á la boda, me hicieron entrar en la casa y la mujer del *bargello*, su marido y los recién casados me convidaron cortesmente á beber y comer á su mesa al lado del joven boyero, su hermano, para que después de la comida de boda tocase todas las tocatas de baile que me ocurriesen para que los convidados pasasen agradablemente la noche. No era esto fácil, porque mientras que mi cornamusa, animaba la fiesta, mi corazón latía acongojado. ¡ Ay! ¿no sucede así en el oficio de los artistas? Su arte canta y su corazón brota sangre. En mí, señor, se daba un ejemplo de ello.

CIV

Una parte de la noche se pasó mitad comiendo y mitad bailando; los desposados parecían cansarse de la mesa y de la música, deseosos de volver á la casa que les esperaba en la aldea. La mujer del *bargello* procuraba en vano prolongar la velada para permanecer más tiempo al lado de su hija, y aparecía contenta aunque bien se veía que sufría por la próxima separación.

Pero en fin llegó la hora de partir; unció el boyero los animales al florido carro, hubo besos y abrazos en los escalones de la cárcel y la comitiva se marchó sin mí, por las sombrías calles de Luca, más triste de lo que había venido.

CV

— ¿Y tú, muchacho? me dijeron el *bargello* y su mujer : ¿dónde vas á dormir en esta gran ciudad con la lluvia que está cayendo y con el tiempo que hace? (durante el baile de la boda se había formado una gran tempestad de otoño).

— No lo sé, respondí, aparentando indife-

rencia, pero en realidad bien inquieta de lo que aquella buena gente pudiera contestarme. No lo sé, ni me da gran cuidado : sobran arcos desocupados delante de las casas y pórticos cubiertos delante de las iglesias de Luca : una losa para tenderse, la capa para arroparse y la cornamusa por almohada... ¿no es el único lecho y mueblaje de los pobres hijos de la montaña como yo? Agradezco mucho á ustedes el haberme alojado y dado de comer tan ricamente durante todo un día : Dios cuidará de proporcionarme abrigo por la noche.

Decía yo esto de dientes afuera, porque mi pensamiento era muy diferente y rogaba á mi ángel bueno que inspirase en favor mío al *bargello* y á su mujer.

CVI

Hablaban éstos á media voz en tanto que desarmaba yo mi cornamusa y doblaba mi capa como para marcharme. Tenían el aire indeciso de dos personas que se preguntan : « ¿lo hacemos ó no lo hacemos? » La mujer parecía decir « sí, » y el marido : « haz lo que quieras, que tal vez tu idea sea la buena. »

— Pues bien, exclamó de pronto la mujer enternecida, al paso que el marido apoyaba con una señal de cabeza lo que ella decía : pues bien, no, no se dirá que hemos dejado al raso por la noche en un día como éste, tan solemne para nosotros, al pobre músico que tanto ha alegrado hoy la casa. ¿Á qué ir á buscar un abrigo bajo el pórtico de las iglesias con los vagabundos y mendigos, cuando tenemos allá arriba (y señaló á su marido la escalera tortuosa de una pequeña torre), el lecho vacío del llavero que se lleva nuestra hija á Saltochio?

— Es verdad, añadió el *bargello*. Sube esa escalera, muchacho, hasta el fin, y á la derecha encontrarás un cuartito con una claraboya por donde entra la luna hasta la cama del que es ya nuestro yerno, y dormirás bajo techado y en paz hasta mañana : antes de que te vayas á trabajar en tu oficio de músico por las calles y los caminos, ven á almorzar y hablaremos, porque talvez tengamos algo que decirte.

— Sí, no faltes, hijo mío, añadió la buena mujer, que quizá tendremos algo que proponerte mi marido y yo, porque nos agrada tu cara de inocencia. Sería lástima que una bola de nieve fuese á rodar en el fango de los arroyos y á fun-

dirse en algún albañal por falta de una mano que la recoja todavía pura.

— Bien dicho, mujer, añadió el *bargello*; muchos ha habido en esta cárcel que nunca hubieran entrado en ella si hubiesen hallado algún alma compasiva en su camino.

CVII

La torre era elevada, estrecha, húmeda y agujereada á trechos por hendiduras en la gruesa pared, formando ojos para mirar la ciudad.

Era uno de esos miradores al aire libre que los antiguos señores de Luca ó jefes de facción, tales como el célebre *Castrucio Castracani*, hacian construir en punto elevado para dominar, según me dijo la mujer del *bargello*, los barrios de las facciones contrarias, y para ver más allá de las murallas de Luca si los pisanos ó los florentinos se acercaban á la ciudad. Los escalones eran estrechos, y los sólidos muros hubieran aplastado las balas de cañón. En lo más alto, en el sitio en que las golondrinas y cornejas fabrican sus nidos inaccesibles en cornisas y torrecillas, había una puertecita tan sumamente baja, que obligaba á encorvarse al que tenía que pasar por ella :

estaba cerrada con un cerrojo, grueso como el brazo de un hombre, y cubierta de cabezas de clavos, fríos como la nieve: se abría y se cerraba con un ruido lúgubre que resonaba de alto á bajo, hasta el pie de la escalera de la torre. Dicese que había servido en pasados tiempos para tener encerrado en aquel último piso de la torre á un prisionero de Estado á quien se había querido privar de la vida sin ruido en aquel sepulcro en medio del aire, y que los goznes y cerrojos de la puerta conservaban el eco de sus gemidos.

También el viento gemía, semejando desesperadas voces, á través de las buardas y troneras.

Aquella torre del *bargello* dicen que formaba parte en otra época, de un palacio de una rama extinguida de los señores de Luca: habíasela convertido después en prisión de Estado y más tarde en cárcel para los reos comunes. Separaba la casa del *bargello* del pequeño patio estrecho y profundo de la cárcel, del cual recibían la luz los enrejados calabozos de los presos.

CVIII

Descorrí el cerrojo, empujé la puerta y entré temblando en un cuartito de bajo techo abovedado,

en el cual se abría una gran tronera que un triple enrejado de hierro separaba del cielo: el viento que salió de la habitación cuando abrí la puerta y unos murciélagos que batieron sus alas contra las paredes, estuvieron á punto de apagar la luz que llevaba en la mano izquierda para alumbrarme hasta la cama.

Pronto se examinaba el cuarto y su ajuar: no había sino una bóveda de piedra blanqueada con cal como las paredes, una cama muy limpia, un cántaro de cobre lleno de agua clara y una silla de madera en que el llavero ponía, al acostarse, su ropa y el manojito de llaves.

Arrodilléme primero ante una imagen de San Stéphan, el santo patrón de nuestras montañas, que se hallaba colgada en la pared: protector inesperado que encontraba en mi abandono. « Tú me socorrerás, le dije, tú tendrás compasión de esta infeliz nacida y criada á la sombra de tu convento. »

Dije mis oraciones y en seguida me acosté vestida en la cama, cubriéndome con mi capa; y á mi lado puse mi pobre cornamusa fatigada, como si fuera un compañero viviente de mi soledad y de mi miseria.

Intenté dormir, pero no pude; cuanto más cerraba mis párpados más personas y cosas veía

dentro de mi misma que me causaban pesar en el corazón y aturdimiento en la cabeza; los esbirros saliendo de entre los árboles y disparando cruelmente, á pesar de mis gritos, contra mi perro y mi pobre ganado; Jerónimo disparando á su vez contra los esbirros; el esbirro muerto al pie del árbol; Jerónimo sorprendido y encadenado, conducido por ellos al suplicio; mi padre ciego y mi tía desesperada extendiendo sus brazos en la noche para detenerle y no deteniendo más que su sombra; jueces, y un cadáver tendido delante de ellos; soldados cargando sus carabinas en un cementerio, en el que una fosa abierta de antemano esperaba á un asesino condenado á muerte; luego dos ancianos espirando de miseria y de hambre al lado de su pobre perro herido en nuestra choza de la montaña; finalmente arroyos de lágrimas sobre manchas de sangre que anegaban todas mis ideas en un diluvio de angustias.

¿Cómo era posible dormir, presa mi imaginación de tales pensamientos? Lo que hice fué abrir los ojos y rezar y llorar toda la noche al pie de la cama, con mi frente sobre la cornamusá y las manos pegadas á mi abrasada frente. Así permaneci hasta que un ruido singular, que por primera vez llegaba á mi oído, subió del fondo del patio de la cárcel á la tronera que me servía de ventana, y me

hizo ponerme en pie con sobresalto, como cuando se sale de una pesadilla.

CIX

Parecía ruido de cadenas como si las removiesen en un granero ó en una cueva, el choque de gruesos eslabones de metal contra las losas de piedra, roce de cadenas contra las paredes de un calabozo, y de vez en cuando los sordos gemidos de presos que revolcándose sobre paja y buscando el sueño como yo, no podían hallar sino el insomnio con sus remordimientos, pensamientos y lágrimas.

CX

Después de escuchar un momento y tratar de ver el patio de alto á bajo á través de los triples barrotes de las rejas entrelazados á manera de serpientes que se ahogan abrazándose; oí cada vez más distintamente los sacudimientos de las cadenas remachadas á los anillos de hierro, que en vano se esfuerzan los presos en querer arrancar de la pared.

Una idea se me ocurrió de pronto. ¡Si fuese él! ¡Si fuese el pobre Jerónimo que los jueces hubiesen ya sumergido en la cárcel de Luca antes de saber si era culpable ó si sólo había obrado en defensa de su familia.

¡Dios mío! Esta idea me impresionó aun más que los acontecimientos del día del tiro y caí exánime al pie de la reja. El frío de las losas me reanimó y me levanté para oír más todavía, pero la misma atención que ponía creo que me lo impidió y sólo llegaba hasta mí como un zumbido confuso semejante al que produce el viento huracanado á través de los abetos, cuando la tempestad comienza á levantarse de lejos en el mar de las maremmas y sube á la cúspide de nuestras montañas.

CXI

¡Dios mío, decía entre mí, si fuese él, si Dios nos hubiese reunido así desde el segundo día para socorrernos, ó para que al menos muriésemos juntos víctimas de la misma muerte!

Pero es imposible, pensaba, ¿y qué medio tendría de asegurarme? ¿Cómo saber si es él el que se atormenta allá abajo en la mansión de las

fieras? ¿Cómo hacerle comprender sin vendernos uno á otro al oído de los otros presos ó del *bargello*, que estoy aquí, muy cerca de él, buscando los medios de aliviarle?

Mi voz no llegaría á esas profundidades; la suya no subiría hasta estas alturas; y luego, si quisiéramos hablarnos, todo el mundo oiría lo que nos dijésemos, y el *bargello* y su mujer, tan buenos conmigo, porque no me conocen, no dejarían de propalar quién soy y de arrojarme de su casa como una mujer perdida y mal disfrazada, que intriga para unirse con su amante ó con su cómplice.

Y de nuevo lloraba en silencio ante la tronera, por la que ya no entraba sino la sombra y el silencio de la noche. Únicamente los mochuelos batían allí sus alas, lanzando de vez en cuando chillidos como de niños al despertarse.

No sé si me creerá usted, señor, pero le aseguro que les tenía envidia; sí, hubiera querido ser ave nocturna para poder desplegar mis alas sobre aquel abismo y lanzar en libertad mis gritos en aquel silencio.

CXII

Caminando de un lado para otro en la reducida habitación, puse sin saber como el pie sobre la cornamusa, que se había escurrido de la cama al suelo, en el momento en que me levanté sobresaltada al oír el ruido que subía del patio.

No estaba aún la cornamusa enteramente deshinchada, y dió bajo mi pie un sonido, ni alegre, ni triste, pero claro y penetrante, parecido á la reconvención de un perro á quien por descuido se pisa.

Aquel sonido me entristeci6 el corazón, pero me inspir6 al punto una idea que no me hubiera ocurrido jamás sin él. Alc6 la cornamusa con pesar y ternura como si le hubiese causado un mal voluntario hollándola con mi pie, la besé, la estreché bajo mi brazo como á una persona que vive y que siente, y le dije llorando : « ¿Quieres servir á los que te han hecho? Tú que has procurado la subsistencia al padre, sé la salvación de su infortunada hija. »

Hubiérase dicho que la cornamusa me entendía, pues se hinchó como por sí misma al primer mo-

vimiento de mi brazo y el tubo se halló bajo mis dedos, sin que pensara yo en ello.

Acerquéme á la ventanilla abierta y dije entre mí : — Allí donde mi voz no llegaría jamás ó no podría llegar sin descubrir quien soy á los oídos del *bargello* y de sus presos, llegará la aguda voz de la cornamusa, y hará pensar á Jerónimo, si efectivamente está aquí y reconoce la tocata que él y yo hemos inventado y tocado solos : « ¡Es Fior d'Aliza, no puede ser otra! Velan, pues, por ti allá arriba en la torre ó en alguna estrella del cielo. »

CXIII

Con esta idea, señor, me puse á preludiar dulcemente algunas notas, y luego callé como para decir á los que no dormían : « Fijad la atención, que aquí hay un *pifferaro* que va á dar una alborada á alguna Madona ó á algún santo de la capilla de la cárcel. »

Pero ¡quía! no fué así; no toqué alborada, letanía, ni serenata, que otros músicos ambulantes podían tocar tan bien como nosotros y que nada habrían dicho á Jerónimo.

Hice por recordar precisamente la tocata que